



Los cuerpos, expuestos y vivos en las experiencias germinales de un teatro de base ritual

Carlos Fos¹

Recibido: 01/02/2017
Aceptado: 20/02/2017

Resumen

El teatro se convierte en una trinchera de resistencia ante las pretensiones de escamotear los cuerpos y fagocitar las fiestas. Se vuelve una expresión revulsiva que puede cuestionar los cimientos mismos de lo establecido. Así, emergen discursos escénicos genuinos, atravesando las grietas, escurriéndose por los suburbios de lo establecido. Y lo hacen como respuesta a las múltiples caras del acto creador, posicionándose contra los designios de la tabla rasa globalizadora. El hombre es vuelto a ser tratado desde su dimensión más inmediata, su medida esencial: su cuerpo.

Palabras clave

Teatro antropológico – cuerpo – discursos escénicos.

Abstract

The Theater becomes a trench of resistance against the pretensions of hiding the bodies and to gobble the parties. It becomes a revulsive expression that can question the very foundations of what is established. Thus, genuine scenic discourses speeches emerge, breaking through the cracks, slipping through the suburbs of the established. And they do so in response to the multiple faces of the creative act, standing against the designs of the tabula rasa globalization. Man is again treated from his most immediate dimension, his essential measure: his body.

Keywords

Anthropological theater – body – scenic discourses.

El crecimiento de nuevas temáticas en los estudios teatrales es notable en los últimos años. Espacios invisibilizados, problemáticas no transitadas y el apoyo teórico sobre ciencias auxiliares poco frecuentadas en el pasado, son hoy tópicos o recursos de uso cotidiano por los investigadores del área. En las tierras baldías de la escena, ricas en

¹ Doctor en Antropología Cultural. Codirige el Centro de Documentación de Teatro y Danza del CTBA y el CIHIA. Es presidente de la AINCRIT, la Asociación de Investigación y Crítica Teatral en Argentina. Contacto: www.cfos-at-complejoteatral.gov.ar

producción, surgen proyectos de pesquisa de envergadura y profundidad en el tratamiento. Los textos de fuentes, inapreciables, vuelven con su energía multiplicadora en otros textos. La sociología, la historia, la filosofía y la antropología ofrecen su bagaje de experiencias y metodologías, enriqueciendo las visiones del especialista teatral. Un tópico que empieza a ser analizado es el teatro de sesgo ritual. Por supuesto que su tratamiento, en muchos casos, es resentido por modas de corte marquetinero que fomentan ópticas epidérmicas. En sociedades en la que los rituales se han paganizado, ocultando su función sacra purificadora, el rescate de una escena celebrante es complejo y genera tensiones de múltiple naturaleza. No se trata de codificar movimientos o gestos en métodos de actuación vacíos. El desafío es contextualizar cada elemento recuperado, sopesando su fuerza en el universo mítico de la comunidad que lo genera. Así la energía vivificadora que posee lo genuino (calificación que se refiere a su pertinencia en el hoy o no a un criterio esencialista) es posible de ser proyectada en trabajos de hibridación escénica. Una escena repensada, crítica a los modelos impuestos por ideologías que pretenden limitar su potencia como circulante de la violencia benéfica. De lo contrario repetiríamos esquemas complacientes con los mensajes dominantes, perpetradores de mediaciones entre los integrantes del entramado social, creadores de cuerpos dóciles. En estos esquemas, es la violencia trágica la que encuentra cauce para su arrolladora marcha y se convierte en parámetro a copiar, dejando al hombre reducido a una servidumbre intelectual, despersonalizado, sin herramientas para construirse críticamente, desarticulado. Reinan comportamientos ilegítimos, con un doble discurso hegemónico, que cuestiona y penaliza el caos que propicia sutilmente. Estas conductas autodestructivas no pueden detenerse con meras exhortaciones “bienintencionadas”. Aislarlas en diques es inviable y cada uno de estos momentáneos cercos son parches que no disimulan una realidad en descomposición. Nos encontramos con una alarmante falsificación del espíritu de la fiesta, aquélla que reúne al conjunto de una comunidad en torno a sus miedos y expresiones atávicas. Quedan remedos de festividades, intontonas torpes por escapar de la sacralidad, porque lo sagrado siempre encuentra al hombre, no importa lo bien que haya borrado sus huellas. Y lo sagrado retornará bajo la forma de la violencia fundadora, que escapa al control aún del que cree que todo controla. Con estos mecanismos devastadores la violencia no sólo hace trizas la malla social, sino que se convierte en multiplicador de ese poder informe, superando su accionar los tiempos históricos y generando nuevos tiempos míticos. Es capaz de resistir los intentos inconscientes de las débiles estrategias esgrimidas para hallar una víctima propiciatoria en falta de fiesta. Esa violencia esencial que hace del hombre, como cazador, su propia presa, sigue en un espiral trágico demandando más cuerpos para devorar. El teatro se convierte en una trinchera de resistencia ante las pretensiones de escamotear los cuerpos y fagocitar las fiestas. Se vuelve una expresión revulsiva que puede cuestionar los cimientos mismos de lo establecido. Así, emergen discursos escénicos genuinos, atravesando las grietas, escurriéndose por los suburbios de lo establecido. Y lo hacen como respuesta a las múltiples caras del acto creador, posicionándose contra los designios de la tabla rasa globalizadora. El hombre es vuelto a ser tratado desde su dimensión más inmediata, su medida esencial: su cuerpo. En este territorio personal se libra una batalla, muchas veces desigual. En ella el individuo pelea por conservar esa condición, por no ser pulido en sus singularidades. Es una formidable e imperceptible cinchada, sin concesiones, en donde juegan un papel desequilibrante los encuentros

personales. Son espacios de construcción de lo colectivo, sin violencia indeseada, sin repeticiones estereotipadas, sin ecos alienantes. Y ladrillo tras ladrillo, cementado por el vigor ritual, se erige el edificio de la tribu. Los puentes de los torsos presentes destruyen las prédicas de disolución en la masa, que ya no aparecen atractivas, que ya suenan a peligrosos cantos de sirena. Sólo resta desandar la travesía hacia la fiesta original, sin pretender alcanzarla. En la última década es posible detectar productos elaborados por grupo teatrales que promueven el intercambio de procedimientos pertenecientes a culturas que nunca se hallaron en pie de igualdad. Sin el deseo de incorporar instancias exóticas a sus ofertas estéticas, incorporan herramientas de las ciencias sociales para comprender mejor el material que utilizan. Esta reflexión imprescindible, pondrá en crisis las ideas germinales con que el grupo de artistas inició su investigación. A medida que se aleje de estos reduccionismos lógicos, resultado del desconocimiento y de la postura eurocéntrica en que fue formado, las posibilidades de reelaborar una poética sacra en una obra teatral respetable serán mayores. El derrotero del colectivo *Pueblos* está marcado por estas tensiones entre el voluntarismo ingenuo y las exigencias de una pesquisa profunda. Como otras agrupaciones observadas partieron con una cosmovisión que repetía esquemas de tiempo, espacio y ritmo de los países centrales. Sus creaciones primigenias se limitaban a la mezcla sin una justificación visible de recursos de la danza moderna y de danzas propiciatorias yaquis. Estos trabajos no tuvieron exposición pública y se ceñían a espacios de ensayo o no lugares como casas particulares. Estas performances, de dudoso valor estético, eran filmadas para corregir errores y evolucionar en los debates que se planteaban a posteriori. Un paso importante en el progreso del conjunto fue la incorporación al mismo de antropólogos especializados en el mundo cultural de los pueblos prehispánicos de México. En los encuentros preliminares los académicos contribuyeron con documentales que reproducían momentos de fiestas de las comunidades que analizaban. Se hizo una lista de gestos y comportamiento del cuerpo en cada instancia ritual con la pretensión de imitarlos. Pero para que el ejercicio mimético tuviera sentido y no se restringiera una práctica lúdica, era imprescindible contextualizar esos movimientos en la celebración a la que pertenecían y ser conscientes de la simbología que expresaban. Esta etapa no contempló el estudio en profundidad de cada fiesta sacra, ni la relevancia en términos de originalidad del material ritual seleccionado. En la segunda fase el grupo escuchó las cintas grabadas en los campamentos de narración coordinados en campo por los antropólogos. Utilizando mecanismos de la etnohistoria y de la recolección científica del relato, provistos por la historia oral, cientos de testimonios se recabaron con la finalidad de recuperar saberes verbales y corporales (codificados en danzas, cantos, poemas a las divinidades) relegados o marcadamente reelaborados desde la agresión cultural externa. Se procede a discutir el contenido de los audios y se propone que los integrantes del colectivo añadan sus testimonios personales. Con una integración heterogénea, que incluye jóvenes de familias europeas, mestizos y dos representantes de comunidades indígenas. En esta diversidad, más allá del discurso homogeneizador dominante impuesto, se disparan recuerdos que entretujan historias reveladoras de universos reprimidos. En este momento de la travesía es cuando los actores tropiezan con “verdades” que dejan de aparecer como tales. Su propio cuerpo, que creían relevado y conocido, es revisado desde otro costado. Asumen que se vieron encarcelados en técnicas y métodos que repetían como autómatas, sin verificar la relevancia de los

mismos en su historia. Un ámbito secularizado como el que contuvo a cada uno de los integrantes del grupo a lo largo de su vida, distorsionó su capacidad de reelaborar los rituales en sus elaboraciones artísticas. Caen en cuenta que las mismas eran síntesis antojadizas de poéticas occidentales con genuinos retazos de discursos festivos, en un escenario confuso y pobre. Llegó la oportunidad propicia para repasar conceptos. Teatralidad era uno de ellos; primaba la estrecha actitud de negar una función espectacular en las manifestaciones festivas de los pueblos aborígenes. Así el elenco, en su mayoría, sostenía que las prácticas sacras ritualizadas eran pre-teatrales o parateatrales. No había dudas al respecto; el teatro como lo entendemos nace con la llegada del europeo y es sólo deseable un enriquecimiento del mismo con métodos de entrenamiento o definición espacial provenientes de los discursos rituales corporales o con nuevas dramaturgias extendidas a partir de ellos. Esta afirmación es una torpe generalización reñida con lo observable en el terreno de lo cotidiano. Esa división, reclamada con un celo que roza el capricho teórico, existe en buena parte de los ritos; en ellos, como en el teatro occidental, los oficiantes y los participantes tienen espacios y funciones diferenciadas. Aún cuando pensamos en aquellos rituales donde esta diferencia se borra en un trance colectivo, queda de todas formas una función espectacular del participante sin cual la acción no tendría sentido. En las crónicas de los viajeros y conquistadores en los primeros contactos con estas expresiones sacras, se ha contabilizado esta diferenciación a pesar de la intencionalidad manifiesta negativa del reconocimiento. Esta distancia pautada queda, sin lugar a dudas, sistemáticamente documentada en los estudios modernos que se oficializaron desde la antropología, la sociología y otras disciplinas en las últimas décadas, exploraciones que fueron origen de tesis, monografías y publicaciones académicas. Luego de varios días de discusión, el grupo de artistas plantea una serie de ejercicios corporales, en los que se articulan en igualdad de peso, las acciones motivadas por las enseñanzas rituales y elementos de técnicas modernas (en especial ejercicios apropiados de propuestas de Eugenio Barba). La conexión, forzada y sin suficiente cohesión, se profundiza en los intentos posteriores. Los artistas ceden al arquetipo de fiesta fetichista y abren la puerta a un horizonte amplio de oportunidades. Esa fiesta, que admiraban por sus aspectos externos, hace visible sus procedimientos internos, lejanos a las réplicas de póster de las empresas turísticas. Recuperar en el ensayo cotidiano, ese territorio que labora con instrumentos relevantes para la reconstitución de la memoria y la curación de la comunidad. Un espacio, antes ilegible, que atraviesa la caricatura de una fiesta domesticada como síntesis apresurada y forzada de elementos mágicos, lúdicos, teatrales, religiosos, sin tradición alguna. En las primeras muestras a observadores externos al colectivo ya se apreciaron ruidos de transmisión, interpretados como una selección errónea del material sujeto a hibridación. Es por ello, que en una instancia posterior las danzas propiciatorias fueron cambiadas por danzas de vida y muerte, en las que los celebrantes quedaban expuestos a la formidable tensión de un devenir circular. En la síntesis expuesta en ensayo la muerte es interpretada por varios actores y nunca es tomada como un poder negativo que ciega la existencia terrena. Por el contrario, en la performance son rescatados exitosamente las visiones de continuidad y regeneración de la vida, por lo que los cuerpos pueden sufrir decadencia física y un término pero la esencia que contienen buscará otros recipientes activos. Otro aspecto positivo fue la toma de conciencia por parte del elenco de la importancia de recrear las máscaras de los

personajes-símbolos con rigurosidad de imitación. En los juegos coreográficos se mantuvo la búsqueda de cuerpos, muy sutil e intensa a la vez, interpretada por los individuos que tomaban el lugar de la muerte y a aquellos que eran cortejadas por ella. Se vieron dos planos diferenciados espacialmente. Uno estaba encuadrado en un clima de violencia recíproca muy acentuada, con incremento del miedo en aquellos que eran cazados por la Muerte, en sus múltiples apariencias. En una suerte de revista, eran cuestionados los que hacían culto de vanidad, de la juventud, de la riqueza material y de la soberbia, inertes ante la imagen de quien arrebató con un abrazo frío todos estos atributos. Pero no sólo valores negativos caían ante el irremediable final de los cuerpos. En esta carrera desesperada por sobrevivir, celebrantes que estereotipaban las formas básicas de producción (sembradores, cosecheros, cocineros, etc.) y del arte, sucumbían ante la poderosa figura de rostro amenazante. Una música de vientos y tambores, en raudo ritmo, propiciaban la empatía del observador con lo observado. El otro espacio parcializado por objetos tenía una mirada opuesta. Se trataba de una danza cuasi amorosa, donde los celebrantes no rehuían el encuentro sacro, sabiendo que al contacto con la Muerte tendrían una experiencia superadora. Las máscaras eran diferentes, con una tendencia a la estilización exagerada. Los rostros retenidos en su expresión por el artificio, se insinuaban felices, extasiados por el placer de unirse a su amada eterna. Estos rasgos incrementaban las sensaciones erotizantes exhibidas en los movimientos coreográficos, sobre los que se había concretado una drástica operación de sincretismo. Ambos extremos del escenario, que se mostraba elevado sobre los observantes, contenían una acción de veinte minutos de duración, que comenzaba y finalizaba al unísono. El espectador debía repartir su atención sobre los dos cuadros, en una suerte de pantalla dividida con una oferta tan atractiva como enfrentada en sus temáticas y tratamiento. Al tratarse de una experimentación teatral, varios puntos quedaron para el análisis y posterior revisión. Podemos indicar como los más relevantes, la falta de coherencia escénica, ya que en ninguna instancia fue posible establecer relaciones entre las dos mitades de la escena. El puente imaginado, que incluía una breve danza en las que ambas representaciones de la Muerte se desplazaban solitarias y en discusión corporal, terminó siendo forzado y sin riqueza poética. Se produjeron baches en las dos coreografías, producto de la inexperiencia del grupo para la elección de material sacro ritual y su posible inserción en un esquema de teatro-danza moderno. Tampoco hubo un criterio claro para la confección del vestuario, que quedó a medio camino entre la mimesis y el diseño libre. Como punto positivo aparecía la belleza poética de los cuerpos en juego y la evolución del discurso dramático.

El colectivo estaba preparado para sus nuevas incursiones creativas; tomaron conciencia de que una obra, hasta la que se pretende rupturista, se completa con la intervención de todos, con la multiplicidad de valoraciones que es capaz de suscitar, con la profundidad que una pesquisa sin condicionamientos o prejuicios permite. Así, se propusieron, balanceando las dificultades y caminos sin salida que tendrían que sortear, una nueva relación con las formas en un devenir temporal distinto, que privilegia la horizontalidad, faculta la intervención de todos por igual y perpetra una revuelta contra el sistema de apreciación de las disposiciones que nos encorsetan. En los tres meses siguientes compartieron encuentros con miembros de comunidades indígenas, sin interferir con ellas. Los contactos los hicieron a través de la mediación que propiciaron los antropólogos en campo. Con el respeto requerido, fueron invitados a festividades y

pudieron preguntar y repreguntar sobre la experiencia de cada integrante de los colectivos con la muerte, extrayendo información definitiva para su camino artístico. Pero no todo se detuvo en este momento utilitario; hubo trueques en los que ambos intercambiaron pareceres sobre el valor de la memoria, la identidad y la necesidad de evitar la desconfianza basada en la jerarquización artificial de culturas. Este proceso de verse entre los dos grupos, con universos míticos propios impuros por las múltiples aculturaciones, duró un tiempo prudencial, marcado por los ritmos extra cotidianos. Algunos de los artistas dibujaron los vestuarios utilizados durante las festividades y ampliaron su galería de máscaras, con modelos no reproducidos en los libros que eran su fuente primaria. Las conversaciones con los sabios dieron nuevos datos sobre el origen y cambio de las coreografías sacras. Fueron testigos, también, de un fenómeno de comunicación mediatizada entre comunidades separadas por las distancias geográficas en el marco de la violencia impuesta por los gobiernos de turno. En esta línea de trabajo se encontraron con el colectivo teatral salvadoreño *Nuestro Pueblo*, que contaba con una trayectoria más dilata en su búsqueda estética. Luego de varios meses de creación común, realizaron la reconstrucción de una ceremonia, con un lenguaje poético desacralizado e incorporando grandes pantallas, en la que se representaban imágenes de personajes míticos, que interactuaban con los actores-celebrantes. Asimismo, se reprodujeron danzas, re-semantizadas, con un intercambio de procedimientos entre los movimientos festivos sacros y otros propios de la danza moderna. Cada danzante perfeccionó su ritmo interno y lo aportó al ritmo común, en el tránsito hacia la gran Unidad rítmica, en la diversidad. Se quebró la barrera entre los actos de expresión y los creativos, y con ello se redefinieron hasta los ladrillos fundacionales de las nociones de lo público y lo privado. En este espacio, contenedor de metáforas y metonimias, fue posible transcribir un código; código que, al ser producto de múltiples cruces, nos hablara de codificadores subyacentes tales como las creencias, la cosmología, la economía, la política, entre tantos otros. Un espacio que sea herramienta de representación de los totales socioculturales. Esta performance fue repetida, casi litúrgicamente, en varias ocasiones, utilizándose espacios abiertos como plazas o parques. Para asegurar la real propagación se multiplicó a través de un programa de educación a distancia, que incluía la grabación de la expresión artística descrita y su difusión a través de videos, con el consiguiente fenómeno de mediación operado. Comunidades separadas por largas distancias y sin una relación formal continua fueron testigos de esta experiencia teatral. Durante las semanas posteriores a este trabajo, se crearon campamentos de narración oral, para que los diferentes grupos expusieran sus sensaciones. En estos encuentros pautaron estrategias basadas en el uso de la historia oral, que permitieron la circulación de discursos alejados del simple anecdotario. Todos coincidían en que la mejor manera de recuperar sus raíces era encontrarse con las demás colectividades para compartir vivencias. Cientos de kilómetros los separaban pero el acceso a internet, aún con los equipos mínimos, los había alentado a un proyecto de reconstrucción del cuerpo cultural original, dañado por las múltiples irrupciones externas. Y esta reconstrucción debía hacerse respetando las singularidades que cada comunidad desarrolló en los años de aislamiento. Los componentes de *Pueblos*, presentes en este evento, quedaron marcados por la fuerza del mismo y por la capacidad de sus colegas para lograr síntesis originales y equilibradas entre dos mundos culturales. Estaban listos para una nueva etapa creativa. Para concretarla, crearon un laboratorio de

estudio y otro de elaboración artística. Así, nacieron dos esbozos de performance. En ellos, de una manera exageradamente didáctica, se planteaba la opción al sometimiento de los cuerpos. En los movimientos ritualizados hay un esfuerzo por responder con libertad absoluta y conciencia de sí, dentro de los parámetros de las gestualidades repetidas, a la despersonalización que prima. Se pone el acento, con cierta ingenuidad, en la reconstrucción del individuo desde su pertenencia a una comunidad que le da resguardo sin castrarlo, disputando la lógica de producción empresarial. Esa lógica de la explotación del hombre por el mismo hombre, es reemplazada por una de corte social, animada por leyes dictadas por un tiempo interior. El tópico elegido, puesto en un texto corporal de danzas tradicionales agiornadas, emparentaba la despersonalización citada con la muerte del individuo en aras de la masificación. Se volvía a pensar en el fin de la vida como un momento de la misma, un momento que podía ser confrontado y refuncionalizado en sus consecuencias. La Muerte sinónimo de alienación, de pérdida inconsciente en un marco yermo de pensamiento crítico.

Como podemos deducir, se operaron mejoras sustanciales en la faena del grupo, aunque no hubieran hallado discursos originales con la complejidad que el teatro de base ritual demanda. En este punto medio entre una producción banal, cosificada, llena de artificios efectistas y una plena y auténtica, *Pueblos* alcanzaba un acercamiento a una concepción dramática y escénica que se reivindica en el lugar de la restauración de las memorias, en el lugar del pleno ejercicio de la corporeidad. La memoria que expone las falacias de la muerte occidentalizada, esa muerte que tiene mil rostros y que es vendida como un producto por el capitalismo. Luis Mendoza, miembro del grupo desde su creación nos comentaba:

Sabíamos, cuando nos reunimos, que la elección que habíamos hecho era difícil. En primer lugar, veníamos de experiencias distintas y de formaciones artísticas que se complementaban en el teatro europeo, pero nos limitaban mucho al discutir sobre una búsqueda ritual. Los meses iniciales se consumieron en debates acalorados, en que algunos hablaban de visitar a las comunidades cercanas, mientras que otros preferían la inserción caprichosa de algunos recursos corporales en el marco de las enseñanzas de Barba y Pina Bausch. Cuando nos enteramos que había antropólogos trabajando en el rescate de fiestas indígenas, tratamos de contactarlos. Así se produjo la primera deserción; algunos pensaban que era una pérdida de tiempo ponerse a intercambiar experiencias con académicos sin relación con el hecho teatral. No obstante, la experiencia fue buena y, más allá de resultados parciales fallidos, nunca dejamos de buscar, de informarnos, de crecer. Un crecimiento árido, espinoso, donde las tentaciones por sumarse a otras miradas más complacientes con el mercado eran constantes.²

Mendoza pertenece a una familia de origen español, sin relación alguna con el universo mítico que pretendía comprender, para ampliar su horizonte artístico. Es preciso reconocer el esfuerzo de un conjunto que ha empleado cinco años de su corta existencia en explorar los terrenos periféricos de lo teatral; un conjunto que continúa hoy experimentando sobre suelo virgen y movedizo. La repercusión que obtuvieron es mínima, circunscripta a estudiantes o egresados universitarios y a otros artistas con

² Entrevista personal a Luis Mendoza, Buenos Aires, 2005.

inquietudes similares. La prensa los ha ignorado, así como los que pregonan el teatro de base antropológica de dudosa autenticidad, con altos grados de exposición mediática. Podemos aseverar que con estos colectivos se divulgan versiones tergiversadas de los rituales festivos, descontextualizadas de los pueblos y de las creencias que los gestaron. En un campo teatral fragmentado, estas propuestas son válidas y cuentan con visibilidad. Este escrito prefiere resaltar la obra de los que apuestan por un mayor nivel de compromiso y entrega, renegando del divismo. Y con la acción de estos colectivos se inicia un campo original para la investigación teatral, requiriendo para el desarrollo del mismo del auxilio de distintas ciencias sociales y el establecimiento de nuevas categorías. Este campo de pesquisa se conformará teniendo en cuenta al menos dos actores: los grupos que buceen en las fiestas y sus rituales y extraigan genuino material para sus performances y los especialistas que se acerquen a ellas. Ambos serán afectados, por momentos condicionados, por las herramientas teóricas y prácticas con los que aproximen a este fenómeno cultural. Son espacios que nos resultan ajenas, que se configuran de acuerdo a las reglas que signan el devenir de la comunidad que las alberga. Pero también se evaluarán la secularización de nuestra sociedad, la globalización que sufre y la degradación a que la impulsa los criterios dominantes. Actores e investigadores académicos comprenderán que la fiesta sigue siendo una instancia en la que puede expresarse una dimensión última y trascendente de la realidad del colectivo. Una realidad estudiada desde planteamientos novedosos, que perfore la mediocridad teórica superada e invite a nuevos caminos de reflexión.

La última actividad relevada de *Pueblos* es un espectáculo presentado en una plaza, sin demarcaciones espaciales fijas, con una codificación corporal grotesca, cuasi obscena, con un vestuario alejado de su sentido utilitario. Tiempos fue el título elegido, en un juego de palabras, que promueven otro tiempo fuera del tiempo, en el espacio sagrado. Se parodiaba a las figuras de poder, reales y simbólicas, con un dejo de trasgresión presente. En las danzas estilizadas se apreciaba una intencionalidad no aleatoria, referida a este anhelo de subvertir el orden establecido y los mecanismos alienantes del mismo. Se trataba de una carnavalización exagerada, de una atmósfera de excesos, en la que la celebración abría la escena, en una titánica lucha de muerte y renovación. La música tuvo un lugar destacado, con instrumentos propios de las comunidades indígenas de la región costera media mexicana, a los que se plegaban teclados eléctricos y sonos de jazz. Tiempos fue cambiando en sus distintas funciones, (entendamos funciones en el sentido burgués de la palabra) respondiendo a las correcciones y cambios propuestos por el interior del grupo. También se contemplaron las reacciones de los espectadores no pasivos y la interacción con las distintas etapas de la performance. Sigue Mendoza:

En esta oportunidad tratamos de organizar corporalmente las experiencias en trueque que tuvimos con los especialistas y con los miembros de la comunidad en los campamentos de oralidad. Vimos cómo una festividad cristiana conservaba, como resistencia, formas y simbologías paganas; tomamos esta idea para pensar en el contexto social en el que nos movemos y operar sobre él, trastocar sus ficticios valores, poniéndolos contra las cuerdas. También tratamos de dejar huellas del renacimiento que promueve cada muerte, en sacrificio o no. Los ensayos fueron intensos y el resultado final abierto. Luego de cada encuentro revisábamos lo hecho y ajustábamos la propuesta. Para nosotros fue importante

que algunos integrantes de las comunidades que habíamos visitado vieran la performance. Sabemos que este sendero no tiene un lugar de llegada, que el camino en sí es lo trascendental y en esto estamos. Conteniendo nuestros egos y respetando los ritmos.³

Dejamos este somero análisis de la producción de *Pueblos*, en un momento en que la evolución del grupo comienza a divergir de los intereses de la pesquisa que se realiza desde los ámbitos académicos sobre ritual. El reencuentro será siempre posible en la medida que el contacto permanezca. Para los dos queda una larga y fecunda aventura.

Referencia bibliográfica

- Delgado, M. (1999), *El animal público*, Barcelona: Anagrama.
Fos, C. (2005), *Hacia los rituales dormidos*, Lima: Ediciones Populares.
Le Breton, D. (1979), *Antropología del cuerpo y modernidad*, Buenos Aires: Nueva Visión, 1979.
Mendoza, L. (2005), "Entrevista personal". Mimeo.
Turner, V. (1969), *El proceso ritual*, Madrid: Taurus.

³ Entrevista personal a Luis Mendoza, Buenos Aires, 2005.